PREGÓN SEMANA SANTA GUADALCANAL AÑO 2000

ESCRITO POR

ASUNCIÓN CHAVES BARBANCHO

LEÍDO POR

MANUEL RINCÓN

PRESENTACIÓN DEL PREGONERO DE SEMANA SANTA

GUADALCANAL, DOMINGO DÍA 9 DE ABRIL DE 2000

Por el Padre Eduardo Torres

Cada año repite Guadalcanal la historia de la Pasión y Muerte de Cristo que, es nuestra pasión cuando vivimos profundamente la Semana Santa. Semana de dolor, tristeza y esperanza acompañando a sus Cristos y vírgenes, a recorrer las calles torcidas y empinadas.

Entre el alboroto de la gente y el silencio de los pasos que se mecen y mecen al compás de la brisa de la noche y el alba, y las notas que se pierden entre el olor a azahar y el humear de los cirios que alumbran en el caminar por nuestras calles y plazas.

Mes y medio antes quieres las hermandades que sus imágenes titulares sean solemnemente veneradas y colocadas en el alta del centro, llamado Altar Mayor del templo.

¡Qué bien, qué bien quedan colocas!

Vestidas y colocadas con imaginación y cariño, que sale del alma y de las manos de un joven que se entremezclan entre, tocados, mantos y sayas de nuestras Vírgenes, que están guapas, ¡muy guapas! Los Cristos nos miran y callan entre candelerías y flores, por las mismas manos colocadas, a quién desde aquí agradezco con mi corazón, las horas y horas dedicadas, para que los cultos y celebraciones calen en el fervor de nuestras almas, almas que cada noche se alimentan no sólo del Cuerpo de Cristo, sino también, de su Palabra, palabra que hacemos nuestra y la vivimos con fe, amor y esperanza, virtudes ellas, que nos ayudan a preparar nuestra Semana Santa.

Cuando terminamos los Quinarios y el Septenario, todo Guadalcanal espera ansioso el ya tradicional Pregón, Pregón de Semana Santa, cargado de sentimientos, vivencias, amor y lágrimas.

Esta mañana de abril, tengo el honor de presentaros, desde este mismo lugar, donde yo el pasado año mi pregón pronunciar, tengo el honor repito, de presentaros al pregonero del año 2000, año en que los cristianos recordamos el dos mil aniversario del nacimiento del Hijo de dios, al que después nosotros los hombres, le crucificamos. Todos estamos ansiosos de escuchar el Pregón, pregón que como no son solo palabras, sino más bien sentimos que salen del corazón, es por eso que se ha ido gestando en un corazón de mujer, esposa y madre con lágrimas, cariño y amor, por eso ha querido compartir su Alumbramiento, con un profeta que anuncie el mensaje, mensaje de amor, como el del Samaritano, que sin bajar de Jerusalén a Jericó encuentra al enfermo en su propia madre, curándole las heridas, no con aceite y vinagre, sino poniéndoles vendas de cariño, como un bien hijo a su madre.

Tanto a una, como al otro, quiero dedicaros unos versos hechos en el silencio de la noche, cuando todo está en calma y podáis beber conmigo el cáliz en el Getsemaní de mi vida, y podamos orar con Cristo al Padre y así de esta manera presentaros.

A ti Choni como autora del pregón.

A ti Manolo, como pregonero de la Semana Santa, Semana Santa de nuestro pueblo.

POESÍA

Os dejé la parcela preparada
bien abonada y arada
abiertos los surcos
para que dejéis la semana,
semilla que habéis arropado
con calor y delicadeza
que brota del corazón
y también de la palabra.

Un corazón de madre,
madre que quiere para sus hijas
hijas de su propia sangre,
desea como la del Zebedeo
lo mejor en su caminar con Jesús.
Jesús su amigo inseparable.

Corazón de hijo,
de hijo envidiable,
que como el Cirineo,
está ayudando a llevar la cruz
la cruz que hace tiempo lleva su madre.

Ya está sembrada la semilla,
semilla que nace y nace,
pero crece despacio, muy despacio
esperando al rocío de la noche
y al sol de la mañana,
para romper los hielos,
hielos que con el calor de vuestras almas
se derritan poco a poco hasta hacerse agua,
agua que necesita la siembre
para poder ser un día segada.

Una vez en la era espera ser trillada,
trillada por Guadalcanal,
Guadalcanal que espera ansiosa la Semana Santa.
Pero antes compartirá el pan
que es fruto de la semilla
semilla sembrada en la besana.

Una ha ido detrás haciendo gavillas
con las espigas granadas,
cuyos granos son triturados en los molinos del alma.
Granos que un molino esperaba
para poder dar vueltas a la rueda
con ilusión y esperanza,
hasta que la harina, harina blanca,
en panes de amor a su pueblo entregara
en una mañana de abril, abril que espera la Pascua,
Ha venido dispuesto con timidez y miedo
que en él no faltan.
Ha venido repartir el pan,
el pan cocido con el fuego de su amor
y repartirlo entre nosotros,
nosotros que esperamos alimentarnos
alimentarnos con su palabra.

Es por eso que os presento al pregonero,
pregonero al que quiero con toda mi alma…

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE 2000
AUTORA: ASUNCIÓN CHAVES
PREGONERO; MANUEL RINCÓN
PRESENTADO: P. EDUARDO.

PRÓLOGO

A ti, excelsa Señora,
mi Virgen de Guaditoca,
de los hombres intercesora
ante los ojos de Dios,
te ruego que, en esta hora
en que empieza mi pregón,
escuches a quien te implora:
¡hazme digno tú, Señora,
que lo que canta mi voz
es la pasión de tu Hijo,
su muerte y resurrección!

Ilustrísimas Autoridades, ilustrísimos Miembros de las Juntas de Gobierno de las Hermandades, estimado padre Eduardo, queridos amigos todos.
Agradecemos sinceramente las inmerecidas palabras que el padre Eduardo ha tenido a bien dedicarnos en su presentación.

En esta mañana, preludio y cántico de esas otras mañanas de pasión, subo a este atril pregonero, con la voz por la emoción y el corazón acelerado por la responsabilidad, pero con el orgullo inconmensurable que me proporciona saberme portavoz de la profunda de las tradiciones que permanecen arraigadas en el sentir más íntimo de nuestro pueblo y que representa la Pasión y Resurrección de Cristo.

Honor al que sólo me cabe corresponder con la humildad que imponen los limites de a quien sólo le avalan su fe y este íntimo susurro interior que es el cantar del poeta; y, sobre todo, el convencimiento que este pregonero tiene de que para escribir un pregón en Guadalcanal, no hace falta otra cosa que tomar el pulso al sentimiento de un pueblo que lame y se convulsiona ante la impronta de su propio corazón, y todos sabemos que Guadalcanal tiene, y por excelencia un corazón cofrade.

Y aquí estamos, pueblo y pregonero, inmersos en este seísmo desconcertante de amor, cuyo epicentro. “la pasión", mueve y conmueve los cimientos de nuestra fe.

Guadalcanal toda entera

vive despierta, soñando,
y todo el año aguardando
que llegue la primavera.
Y, cuando al viento resuenan
cometas despavoridas,
se conmueve, estremecida,
en su pena nazarena.
Con humildad y candor,
para ti, su Virgen pura,
con claridades de albura
resplandeces bajo el sol.
Guadalcanal, tienes tú
-y todo el mundo lo sabe-
un corazón de cofrade
y toda la fe del sur.

"Toda la fe del sur..." ¡Cuántas connotaciones para tan breve línea!

Una fe heredada de nuestros ancestros y modelada en la forja de la humildad y la sencillez, como humildes y sencillos son los hombres de esta tierra, donde se levanta noble el olivo y que, por los siglos de los siglos, se cumple el mandato divino de "ganarás el pan con el sudor de tu frente", una fe genuinamente concebida y pluralmente manifestada que, a veces, hasta la blasfemia de un campesino desesperado puede esconder la más ardiente de las súplicas.

Esta es la fe de que cada año se reencuentra con esas dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana y que cada primavera busca escaparse, diluirse, allá en las calles, bajo el azul bruñido, dibujando el aire con siluetas de Cristos y resplandores de palios, cruces de guía y capirotes nazarenos, buscando al paso de un caminar penitente la dimensión perfecta de su infinito amor.

Regresó la primavera
y la brisa estrena aromas,
mezcla de incienso y de cera,
y hay un silencio sonoro
de fecunda "madrugá»,
y de pasión nazarena,
y una tarde penitente,
verde de esperanza llena,
y una soledad de muerte,
y una lágrima morena;
hay un gozo y un anhelo

y hay una fe sin fronteras:
que un cirio ya se ha encendido
en el alma cofradiera.

Todo en Guadalcanal es anuncio de pasión; que hay un cierto nerviosismo, un trajín que va y que viene y se concentra en la iglesia y, hasta el aire, huele a vísperas.

¿Qué anuncian?
¿Qué anuncian, madre, los vientos
de esta verde serranía
que van desprendiendo aromas
a gañotes y pan del día?
¿Y qué tienen los sigilos
de esta gente,
que van aprisa y corriendo
con la saya de María
o las potencias de un Cristo,
puliendo candelerías?
De noche,
cuando todos caen rendidos,
se oye un crujir de maderas
en el viento adormecido.
Que pasan los costaleros
y van ensayando el paso
de su caminar rastrero
Y las bandas
van poblando los silencios
de la inmensa lejanía
con redobles de tambores
y mil notas sostenidas.
¿Qué anuncian, madre, los vientos
de esta verde serranía
y qué tienen los sigilos
de esta santa algarabía?

De este pálpito cofrade, culminado en un continuo quehacer cotidiano, va surgiendo, en el seno de cada Hermandad, el esfuerzo renovado que la tradición nos legó, manteniendo y engrandeciendo el patrimonio de las Hermandades, un patrimonio del que todo el pueblo participa sin excepción; tanto por el deseo consciente de que sus Hermandades brillen con luz propia, como por el anhelo inconsciente de que esos palios, canastillas, sayas, candelabros y un sinfín de minuciosas adquisiciones sean el legado común más preciado de todos, que se trata

del legado de nuestra espiritualidad, para el que Guadalcanal no escatima ni tiempo ni esfuerzo, ni dinero, ni siquiera inventiva y creatividad. Y he aquí el milagro realizado día a día en la noble tarea de todo un año para después y según términos mironianos, "vivir el éxtasis de la pasión",

Yo diría que se siente,
que traspasa el alma entera;
cada nueva primavera
algo gravita el ambiente.
Y se sienten
aromas de incienso y cera,
y hasta a mí me pareciera
que nos huele a pan caliente.
Y la gente,
-no es mentira ni ilusión,
ni una vana fantasía-,
al mirarse en estos días
se entregan el corazón
Y hasta el cielo
es más puro y más azul,
y las cales, referente
e este pueblo refulgente
que no escatima la luz
¡Qué emoción!
Ya todo en la tierra canta
y hasta en el cielo se levantan
los ecos de la pasión
y es un tropel la corriente
que se sube a la garganta:
¡Que llega Semana Santa!
Y yo digo: "¡que se siente!

DOMINGO DE RAMOS

Atravesar el pórtico de nuestra Semana Mayor implica para este pregonero buscar la luz vivaz y la ternura, el mesurado asombro y la inocencia que sólo puede hallarse en la mirada centelleante de un niño. Los ojos del niño lo dicen todo, lo transmiten todo.

Y, casi sin quererlo, me encuentro en este punto traspasando el de la memoria para encontrar al niño que hay en mí: evocación nostálgica donde el recuerdo deambula por senderos ya explorados, vividos y casi olvidados, por los que fui perdiendo mi inocencia.

Para mirarte, Jesús,

he buscado mi inocencia
en el fiel de la virtud
de mi primera experiencia,
y en el brocal de tu luz.

Describir una mañana de Domingo de Ramos en Guadalcanal es describir, si es posible, las claridades todas; es intuir la transparencia que roza lo metafísico, es vislumbrar lo indefinido. Antonio Gala escribe: "Si no es luz el Paraíso, ¿qué será?". Y yo me quedo con esta interrogante para atreverme a soñar... y sueño un paraíso poblado de querubines con túnicas blancas, revoltosos, alegres, que juegan ingenuamente con los ramos reverdecidos del olivo en la plaza, bajo el testigo mudo de los naranjos en flor.

Resuenan los tambores y los niños acuden en tropel al orden del cortejo. Las campanas ponen sones al viento en un tañir estrepitoso de badajos que espanta a los vencejos. Al instante, y bajo la mirada conopial de la torre, aparece Jesús sobre el pollino para unirse a tan párvula prole, y entre un frontal de luz que reverdece, Cristo ha inundado la plaza con tan flagrante amor.

Detrás, la banda de cornetas y tambores toca una marcha bajo la batuta de Luis, que en un derroche de entrega y bien hacer, ha conseguido rozar la casi perfecta ejecución.

La tenacidad de este hombre y la singular entrega de sus pupilos han merecido sobradamente el reconocimiento de nuestro aplauso y más, si algún día, nos devolviese el lujo barroco de las centurias.

Todo en Domingo de Ramos es una inauguración, un estreno, un comenzar de nuevo. Y se estrenan los primeros desvelos cofrades, los primeros asombros, los primeros piropos, las primeras túnicas, hasta las flores primeras de primavera inauguran su aroma y belleza sobre el lujo plateado de una canastilla. La primavera misma parece querer entrar de lleno por este pórtico de gloria que es el Domingo de Ramos.

Todo se inaugura, menos el dolor -que para eso ya habrá tiempo-, que ahora en los albores mismos de una Semana de Pasión, hasta estos medio niños / medio hombres que opositan a costaleros, estrenan sus primeras fuerzas y sus primeros sudores bajo las trabajaderas de unos pasos que ya no son un juego de niños.

Y.... no es difícil imaginar el pensamiento de estos niños costaleros ya al borde mismo de sus extenuadas fuerzas.

Padre, ya soy costalero;
a los catorce cumplidos
ya llevo sobre mis carnes
tu santo peso divino.

Hasta ayer te acompañé

con mi ramito de olivos
y mi túnica primera,
y un sueño siempre cautivo.

Hoy ya soy tu costalero
y te ofrezco con cariño
estos sudores de hombre
siendo sólo, casi un niño.

Si la luz es la tónica en esta mañana de gloria, ¿qué decir de la Madre de Jesús? ¿Qué decir de María? Que es resplandor que inunda todo espacio y al tiempo sencillez y entrañable remanso.

La Virgen del Rosario y de la Palma nos ofrece el regalo maternal de su sonrisa. ¡No podía ser de otro modo! Va pletórica de alegría, de orgullo. Como todas las madres, celebra y percibe en su propia carne la alegría del hijo, y se regocija en su interior al ver a Cristo triunfante entre palmas y vítores, entre hosannas y aleluya s -que ya habrá tiempo también para el llanto. Ahora, a esta Madre menuda, y frágil, y llena de ternura, tan sólo le cabe el júbilo. Y a nosotros, hombres que no apreciamos los momentos felices que la vida nos da, nos queda sólo acariciar su ejemplo y, henchido el corazón de su fragancia, hacer de esta mañana un puro anhelo.

Y, a su paso, la fe se hace niña -que no infantil- y nos despierta a la aurora de los primeros gozos.

La fe vive los goces de la aurora;
no hay látigo, flagelo ni expansión
de una sangre divina y redentora,
ni ha conjugado el beso la traición.

¡Cómo mira a los niños la Señora!
Su gesto es tan feliz, que hasta parece
que el brillo de su amor rejuvenece
la cara de esta madre mediadora.

Los ojos de la Virgen del Rosario
llevan la claridad y el gozo todo;
que en ellos aún no hay lágrimas, ni lloro,
ni negros nubarrones de Calvario.

MIÉRCOLES SANTO

Sí para atravesar el pórtico del Domingo de Ramos busqué la transparencia de una retina infantil, ahora, para adentrarme en la solemne tarde-noche del Miércoles Santo, encuentro el asidero, la fuerza moral y el coraje que me ofrece

esta familia extensa, que en Guadalcanal es la más querida y admirada de todas: y me estoy refiriendo, naturalmente, a la gran familia costalera, que estrecha sus lazos fraternales en el vínculo innegable de un sentir, sentir que halla en la roma trabajadera su expresión más sublime.

El lugar más entrañable, el espacio más íntimo que el grueso de esta familia puede encontrar, no es otro que el que delimitan los faldones del paso donde hallan cabida veintiocho de sus miembros. Allí dentro, en los costeros, la delantera o los zancos, de fijador o patero, pero siempre bajo el palo y metiendo los riñones.

Hombres todos de honor, carismáticos y valientes, que derraman lágrimas empapadas de sudor. Y, bajo los efluvios de esta transpiración vivificante, recupero mi paso pregonero y pongo a mi sentir faja, costal, medalla y alpargatas, para meterme en el palo, en esta trabajadera simbólica, atento a la llamada de esos dos pedazos de capataces que este año abandonaron el aldabón de mando del paso de Cristo Jesús Nazareno y que por artífices y piedra angular de esta Hermandad costalera les pido me concedan el honor de esta, mi primera y su última levantá. Queridos Pepe y Joaquín, ¡cuando queráis!

Se me ha clavado el costal
y en mi sien ha florecido
un clavel despavorido
que sangra de humanidad.
Y va mi cuerpo transido
por un dolor que no sabe
si es dolor, o el roce suave
de tus pies escarnecidos
Y, aunque no te vean mis ojos,
sí presiento tu mirada
y el látigo del enojo
con tu espalda flagelada
¡Qué humilde miras al suelo!
Y en tu caminar sedente
el amor se hace paciente
y mis pies de costalero
te abren paso entre la gente.

Quiso Dios que un tres de octubre, hace justo veinte años, se fundara esta Cofradía. Nació humilde como su advocación. Tan humilde que durante dos años compartió el "Dolor de María" cedida por la Hermandad de "Las Tres Horas". Pero ella aspiraba a tener su propia Madre y, merced a una entrega no exenta de sacrificios, en 1982 nos llegaba de la mano de Matilde García González el regalo de tan celestial presencia.

A esa Virgen, blanca faz,
con cuánto amor cofradiero,
se la trajo el costalero
al seno de su Hermandad.
De nombre le dieron Paz,
trono y capilla le hicieron
y como hijo le dieron
al Cristo de la Humildad
Y no le podía faltar
cariño ni devoción,
ni el sudor bajo el costal
para hacerla caminar
a golpes de corazón

¡Qué orgullosos deben sentirse los cofrades de esta Hermandad rescatada del olvido, conocida popularmente por la "Hermandad del Costalero"! ¡Qué honor le cabe y qué grandes méritos le asisten! En pocos años han conseguido lo que parecía imposible: formar una Cofradía con todo lujo de detalles en un derroche deben gusto y delicada estética, y tanta perfección ya es un deslumbre en la Plaza.

La tarde se adentra en la angostura recoleta de unas calles precipitadas de ocaso. Los conos aterciopelados de los capirotes nazarenos enfilan el caminar lento del cortejo. La cera arde a capricho de la brisa, y en el viento, allá por la Concepción, una saeta lanza una queja en el quiebro dolorido de un martinete o toná

Pare mío de la Humildad,
en esa peña sentado
y en tu gesto derrotado
llevas toda la piedad
y el perdón de los pecados.

Luego por Costaleros y hasta la confluencia de Carretas con Santa Ana, el pueblo ya encaramado en el umbral del pilar, mira la blanca redondez de la Luna, que todos los años acude a la cita milenaria, testigo fiel de unos hechos que recordamos en el silencioso caminar de un Cristo azotado y condenado a muerte.

Detrás, una Madre que llora nos reafirma en lo insólito del misterio, en la contradicción misma en que se apoya nuestra fe: que María, Madre de Dios, nos devuelve los azotes del Hijo, en el consuelo innegable de su amor y la serena paz de su nombre.

Paz, oasis en un mundo de inútil violencia donde la carne mártir es victoria cobarde de la sinrazón de un coche bomba. Sí. Tu nombre, María de la Paz, es

remanso y consuelo de nuestras derrotas personales y símbolo alado que, sobrevolando nuestros corazones, nos señala las alturas.

¡Qué divina inspiración
como caída del cielo,
te llamaron Paz y eres
Madre de los Costaleros!

Y la luna se queda varada en lo alto, con vocación de encuentro, mecida entre vaivenes de bambalinas.

Luego a solas y en la plazoleta, sobre el promontorio donde se alza la iglesia que lleva el nombre del barrio -o el barrio de ella-, se queda soñando con vuelos de espadañas trazando los perfiles de cúpulas y ábsides con el barniz añejo de los siglos.

Y... por soñar, se diría
que la luna va soñando
con lirios de amaneceres
por el Espíritu Santo.

JUEVES SANTO

Abrirse paso día a día en esta difícil *y a* un tiempo reconfortante tarea pregonil es despertar a la incierta esperanza que alienta a lo posible y al leve temblor de madrigales que araña en las entrañas.

Pero este pregonero, poeta de vocación -que no de oficio-, sabe que, aun siendo esto importante, no es suficiente; que hace falta más que inspiración y mucho más que el lirismo bucólico de estas tierras bendecidas por la Providencia, para recrear la secuencia de una tarde transfigurada de amor y esperanza. Y vano sería el empeño sin el amparo incomparable de la fe.

Pues la fe a veces discurre por distintas corrientes, y en esta tarde de luces y sombras, se desliza serena desde el afluente devocional de aquel amigo mío, hermano de "los verdes", que anega mi sentir esperanzado con su sentir de sangre y Vera Cruz.

Otras, sin más, viene a sorprenderme en la labor de aquella hermana que bajo la obsoleta intimidad de un capirote carmesí vislumbró el diseño recio de las vestiduras de los sayones.

Otras, se hace evocación nostálgica en el recuerdo de aquel hermano que en la Exposición del 29 decidió dormir al pie de su columna expuesta en dicho evento sevillano, con el celo de un centinela desconfiado.

Sí. Estas son las cosas y las gentes que mueven mi fe, una fe inducida, pero no desdeñable, aliento y acicate de esa otra fe más sacra y santa en que se levanta el sacrificio injustificado de la Cruz, donde según expresión teológica, se halla "la geometría perfecta del amor”.

Es aquí donde recupero mi paso pregonero, que no hay vía o camino más certero para rondar los aledaños de un Jueves Santo, donde el amor se fraterniza y conmemora y adquiere un significado especial para los cristianos.

Se hicieron los sentimientos
árbol enraizado a la tierra
que no cegaron os vientos;
y las saetas, plegarias;
y las promesas, silencios;
rosal, tu pena, Señora,
y la fe, recogimiento.
Y la tarde soñolienta,
con visos de firmamento,
le dio suelta a la esperanza,
esperanza de los nuestros.

Desde las hojas amarillas de viejas reglas, con olores rancios de humedades muertas, nos vienen reminiscencias de bulas papales y órdenes religiosas de hermandades filiales y templos derruidos, de visitas honoríficas y estirpes cofradieras; pinceladas de un tiempo que escribe el trasiego de nuestra rica historia.

Celebrada la última cena, Jesús atraviesa el valle del Cedrón, acompañado de sus discípulos, hasta el huerto de Getsemaní. Allí padeció el tormento de los temores humanos, allí fue preso, allí comenzaría a inscribirse la tablilla de los cargos que luego pendería del patíbulo: "Jesús Nazareno, el rey de los judíos", y allí daría comienzo la agonía del Gólgota.

Y son las horas transcurridas desde el sanedrín al pretorio, desde Anás y Caifás hasta Pilatos, las que Guadalcanal plasma en la talla modelada del Cristo amarrado a la columna, desprovisto ya de sus vestiduras, que va azotado por un sayón y custodiado por un soldado romano. Un Cristo que ya sabe del dolor de la flagelación y de la ignominia de la burla, en cuyas manos cautivas va latente la l libertad de los hombres.

Ante este Cristo os digo,
sin temor a confusión,
que, todo aquél bien nacido
que cae a sus pies rendido,

encuentra la redención.

¡Qué perfecta anatomía la de este Cristo que luce su desnudez; así lo quisieron la gubia e inspiración de Castillo Lastrucci!

Son sus ojos espejos de mar profundo donde se ahoga el quejo de sus labios. Su espalda es herida eternamente abierta por donde sangra un mundo de marginación y pobreza. Sus manos cautivas llevan el gesto sublime del más entregado amor, una y mil veces multiplicado y esparcido por todo d mundo, en esas otras manos del voluntariado, pulso y sostén de los desheredados; un Cristo que lleva en el claroscuro de los pliegues del paño de pureza reflejado el contraste extravagante de dos mundos: ¡uno, el de la hambruna tercermundista; el otro, el de la indigestión consumista!

Por eso, al pasar entre nosotros, nos provoca desgarro y pesar y nos deja el alma contrita, porque en sus rasgos divinos se aprecian los actos de los hombres.

Pasa el Cristo de la Sangre
con las manos aprehendidas
a una columna de plata,
sangrándole las heridas.

Va entregado, derrotado,
con la espalda dolorida,
mientras la tarde violeta
agoniza en las esquinas.

Ya entrada la noche, extiende por las calles de Guadalcanal claridades de luna, presidiendo el caminar de una Madre que llora. Porque la Virgen de la Vera Cruz llora en silencio al débil parpadeo de la cera encendida y sobre el oloroso jardín de su canastilla. Llora, y son sus lágrimas, estrellas caídas en la noche de un pueblo en penitencia, que susurra con el acento de una oración antigua.

¡Qué guapa va María bajo el verde oscuro de su palio, entre el aroma fresco de azucenas! ¡Qué guapa! ¡Y qué buena!, que va sembrando barbechos de esperanzas en el verde trigal de su mirada.

Para la Madre de Dios
Guadalcanal tiene un cielo
de un añil de terciopelo
y un ocaso en arrebol.

Para la Madre de Dios
un rosario y letanía,
y tres más, avemarías
desde un oscuro balcón.

Para su llanto, Señora,
un pañuelo de azucenas,
de jazmín, de yerbabuena,
y la brisa en derredor
de tu carita morena.

La Virgen, desde su trono,
-toda ternura y templanza-,
con un gesto agradecido
nos devuelve la esperanza.

VIERNES SANTO

Le ha puesto la madrugá
de lirio, túnica al cielo;
a la brisa, el azahar;
a la devoción, madero,
y un silencio al caminar
de Jesús el Nazareno.

Para este pregonero, transitar la madrugada del Viernes Santo es... transitar el mundo oculto de los sentimientos, es... ahondar en la memoria, donde subyace el cálido arrullo de unos brazos maternos, es... regresar al regazo de un hábito nazareno; es, en fin, transitar lo intransitable de un interior donde ni siquiera la palabra encuentra dimensión.

Pues, ¿cómo describir los temblores de un pecho golpeado de impaciencia, al filo mismo de las cinco de la madrugá?

Ya todo dispuesto; todo en su lugar, costaleros al pie de sus pasos, cruz de guía delante, insignias donde correspondan y el interior del templo a rebosar de un cuerpo de nazarenos encapuchados y nerviosos. Una oración común y el ardiente deseo que aspira al discurrir perfecto. Los últimos segundos, los que preceden a la salida de la Cofradía; los marca el reloj acompasado del corazón.

Tres golpes sonoros, rotundos, en la puerta y un chirriar añejo de cancel; lo demás es un río de silencio.

Que pasa bajo el dintel
se adivina al contraluz
que apenas se ve siquiera
ese rostro de Jesús
es, una sombra morena.

Y ya está mi Cristo en la calle –diría un pregonero de pro-, lo está gritando el silencio.

Que el silencio en la madrugada del Viernes Santo es un grito de agonía, un dolor que pasa abrazado al madero, un humilde caminar de alpargatas, una lágrima bajo el capirote nazareno, un amargo temblor en los labios de María; el abismo insondable de una ausencia, el rezo apagado en los labios de una anciana en la esquina de la calleja San Sebastián, el aliento de una íntima súplica.

Es esto y mucho más, y los guadalcanalenses sabemos interpretar como nadie estos silencios al penitenciar por esas calles de amargura, bajo el peso intempestivo de sus propias cruces, y la voz pregonera se transforma en oración, que

Es un sentir el alma estremecida;
y no hay palabra exacta que dé luz
a este sentir profundo que tu cruz,
y tu rostro y tus manos a mí me inspiran.

Sólo ver esa frente malherida,
y ese morir a chorros bajo cruz
y ese dar tanto amor, ¡Oh, mi Jesús!,
me tiene toda el alma conmovida.

Por eso, en tu presencia, me arrodillo
con respeto y profunda devoción,
porque así lo aprendí de mis ancestros.

Y en un acto de fe, puro y sencillo,
brota a mis labios, tenue, la oración,
la que tú me enseñaste: "Padre nuestro".

Luego, roto el embrujo por el estruendo delirante de cornetas y tambores, es María la que inunda la calle y nuestros corazones con la luz de su gracia. María, que viene atravesada por un dolor compungido que quiere romperse en llanto.

Llora, madre buena,
en la madrugada oscura,
para aliviar esa pena,
con un llanto de amargura
y lágrimas nazarenas.

Tan débil y frágil que pareces y puedes con tu dolor y el de los hombres: por eso decimos que eres refugio de nuestras penas y haz de luz en la espesura de nuestra noche.

Rompe el paso, costalero, que apenas salió a la calle y ya vibra de ansiedad. ¿No ves cómo su mirada otea entre los naranjos, buscando la sombra alargada de una cruz que ya dobla la esquina hacia Mesones? ¿No ves? Que este amo va, si cabe, más dolida que nunca, por la ausencia terrenal de aquel hijo, buen cofrade y mejor persona. Que tú, querido Ismael para vestir a las vírgenes, dialogabas con ellas, y pudo ser que, un día de Corpus Christi, la patrona te susurrara al oído que allá arriba necesitaba un camarero con arte y tú no quisiste decir no.

Amanecer de una madrugada trasnochada de anhelos; es amanecer al encuentro puntual de una cita allá, en el Espíritu Santo. Encuentro últimamente negado y que reivindico convencido como estoy de qué lo que pierde el cortejo en orden lo gana en emotividad.

Que ya en la calle Granillos
el despertar de la aurora
lleva golpes de martillos.

Por la empinada cuesta, transformada en camino de Calvario, sube Jesús Nazareno, ya sin fuerzas. Lirio de amanecer bajo el madero infame, *que* mueve la piedad del Cirineo; y sube, lentamente, entre el vuelo fugaz de golondrinas, de espaldas a lo umbroso de la sierra. Su zancada se agranda, se ahonda en el paso racheado del esparto y, ya en la cima, es su rostro un cliché mirado al contraluz de un sol primero.

Allá abajo viene María, abrasada de inquietud por ver al Hijo antes que las miradas se crucen en el patíbulo.

-

¡Qué amargura!
¡Qué amargura indescriptible
sube al Espíritu Santo!
Lleva María en la cara
la impaciencia desbordada,
y su pena, ya quebranto,
es... un perceptible llanto
y es un ansia trasnochada.
No, no le niegues capataz,
el instante del encuentro,
llévala con suavidad,
despacito, paso lento.
pero en larga chicotá.
¡Ay!, que va, de amor muriendo,
con un dolor desolado,
y quiere ver a Jesús

antes que muera en la cruz:
a su Hijo, ¡Nazareno amoratado!
Y al verla llegar
con impaciente premura
encuentro de su cruz,
el pueblo llamó Amargura
a la Madre de Jesús.

La bajada por Camachos es un río atornasolado de violetas, precipitado al verdor de los naranjos. Sólo queda el frío matutino tiritando en lo adentro; un rumor de hojarasca en el Palacio, un adiós desde el balcón que da a la Poza, y la oración, que remontó en la madrugada la bóveda celeste, habrá de hallar su vuelo en la hornacina.

LAS TRES HORAS

No puedo imaginarme una mañana de Viernes Santo huérfana de dolores y desgarros de cruz ni, un Sábado Santo, morir en la agonía de un erguido madero.

Pero es la realidad la que implanta su lógica y si puedo entender el porqué los hermanos de la Cofradía de "Las Tres Horas", no sin dolor ni recelos, se vieron obligados a trastocar el orden cronológico que la pasión y la tradición imponen, dando, así, vuelta a la hoja de su propia historia, procesionando en lugar de la mañana de Viernes Santo, el Sábado por la tarde.

Y va en la vía de lo insólito, tampoco puedo imaginar un pregón -aún siendo compartido como este- huérfano de sentir y de emociones, que la mano que escribe y la voz que lo canta responden a los efluvios de una misma pasión. Y porque esto es así, no hay nada extraño ni fingido en el quiebro de una voz que se rompe bajo el leño reverdecido, o en el acelerarse el pulso al describir los clavos escarnecidos en los vértices de una cruz.

Y en esta comunión que la pasión nos brinda, aneguemos el alma con las aguas de ese río de amor, que emanan de lo hondo de un costado.

Y es aquí, en sus orillas, donde este pregonero busca el sentido de lo injusto, reflejado en el cristal de su propia experiencia: o en los ojos sin gozos de una madre, que se deshoja en la sinrazón de una enfermedad, o en el ejemplo abnegado de un buen padre y mejor esposo, que, renunciando a su propia vida, se quedó ahí, varado en el yugo del más entregado amor. En fin, el pregonero busca en la cruz abierta de la fe el despertar de una mañana resucitada a la esperanza.

Culminada la cima del Calvario, el árbol de la cruz abrió sus brazos y la pasión bebió el último sorbo del cáliz del dolor. Insultado, injuriado por la estupidez humana, entre ladrones, le gritaban: “¡Sálvate a ti mismo!” y “para que

se cumpliera la escritura, echaron en suerte su túnica y repartieron sus vestiduras”.

Una esponja abrasando en la sed,
una lanza irrumpiendo en la agonía,
un dolor en las carnes de María:
ya todo... todo, está consumado.
Y el río caudaloso de la fe
dimana de la herida de un costado.

Pero antes que un sudario recoja sus despojos, en este día Santo, serás procesionado por las calles de Guadalcanal, entre lirios ti hachones, entre túnicas blancas y faroles, entre geranios y rosas encendidas, entre fachadas blanqueadas y aceras recién "aljofifas", entre el perfume elevado del incienso y crepitar de la cera encendida, custodiado por los cuatro evangelistas, que anunciando van por los puntos cardinales de tu paso, el misterio de tu crucifixión, que año tras año rememora el instante infinito de tu muerte.

No hay cabida suficiente en el dintel que dé paso a tanta altura; por eso, sales sumergido en tu paso hasta las rodillas. Tus pies inundan el espacio costalero y ellos, reverentes, los besan y ungen con el perfume de su amor redimido, igual que hiciera la Magdalena.

Un girar de manivela y la alzada es anuncio de ascenso resucitado, más todavía ha de correr la sangre por el mástil hasta florecer en un haz de clavellinas.

Una lanzada de muerte
lleva el Cristo de las Aguas
en su pecho maltratado:
un manantial es de amor,
un reguero de perdón
emanan de su costado

Miradlo, ¡qué mala muerte!
hasta el sol de mediodía
abrasó con su ardentía
las heridas de su frente
en su sedienta agonía.

¡Qué dolor!, que clama al cielo
y qué mofa de las gentes,
qué desgarro en madero
que ya va muerto el Cordero.

¡Dios mío, qué mala muerte!

Y tú, madre Dolorosa,
desde el alma conmovida,
ya casi desvanecida,
y, en tu penar, más hermosa.

Cómo se apaga la rosa
de tu mejilla encendida
al ver abierta esa herida
que ya es llama luminosa.

¿Cómo no llorar tu pena,
esa pena dolorosa
que va sembrando clamores?

¿Engendraste la virtud
del que pariste en amores
para esta muerte de cruz?
¡Del hijo de tus amores!
¡Cómo no llorar tu pena,
madre,
y cómo verte pasar
sin compartir tus dolores!

Sí. La Virgen en su dolor lleva una blanca palidez, que no quiebra ni el leve rubor de su palio, ni el tibio resplandor de su candelería, porque es un dolor atravesado por siete puñales, siete jirones en el corazón de una madre, que nos hablan de la profecía de Simeón, o de la huida Egipto, del niño perdido y hallado en el templo, del encuentro con su Hijo en el Calvario, de la crucifixión, del descenso de la cruz, y el séptimo puñal, el que desgarra el corazón de madre, trae un dolor sin precedentes, el entierro del hijo, que deja una pena larga en la inmensa soledad de María.

Y el pueblo, sabio en sus tradiciones, y cumplido como es, la acompaña en su sentimiento y, al pasar por la calle Juan Carlos I, para aliviarla, le regala una lluvia de pétalos de rosas que, a merced de la brisa, parecieran mariposas revoloteando sobre el largo manto.

Y ya en la Concepción, la nostalgia se de mide con la vara ingrata del abandono, y allí donde la piedra descarnada resiste los rigores del olvido, en la fachada sin templo, Cristo desparrama la sombra alargada de su muerte.

LA SOLEDAD

La noche lleva crespones negros colgados en el dosel del cielo. Un viento, venido de lejos, nos trae rumor de llantos y clamores, de descendimiento y patíbulo, de expiración y piedades. La pasión ha trascendido la cumbre del Calvario y el espíritu del Hijo se ha elevado al Padre.

¡Qué sombra más amarga! ¡Qué misterio tan hondo el de la muerte, que pasa siempre silenciosa a nuestro lado; llevándose el latido de los nuestros. No hay dolor más punzante ni abismo más profundo!

Pero en esta noche de Viernes Santo, ella viene alzada en urna de oro, no quiere ser tan fúnebre y camina entre el pueblo, que viste de galas, al ritmo cadencioso de alpargatas. Mirad qué contrapunto: oro y alpargatas; sudor de vida y muerte, crespones negros y esperanza cierta.

He aquí la clave que nos muestra el misterio, la explicación de lo inexplicable, lo que nos da la fuerza y el consuelo, que aquí, de entre el lino impregnado de un sudario nos viene, resucitada, la alegría inefable de la redención. Y nuestra fe halla su símbolo en la cruz deshabitada.

Costaleros anónimos que vais bajo el paso misterio de la Sagrada Mortaja, paseándolo sobre los píes al ritmo cadencioso del tambo; solemne es tu paso, como mandan los cánones del martillo y el costal; solemne y riguroso, como manda la sobriedad de la noche, que más que mecido, el trono pareciera suspendido en el breve vuelo de sus angelotes.

Sí, costalero: muéstranos los rigores de su muerte, que en ella está el sendero que abre el camino de nuestra esperanza.

¡Que no sales pa lucirte,
y te admiro, costalero!
¡Que es un vaivén cimbreao
ese paso gateao
que llevas por el sendero!

¡Vaya ejemplo de cuadrilla
lleva el Entierro de Dios!
¡A la voz del llamador
se desliza de puntillas
con la ayuda del fiador!

Y no hay subidas al cielo,
ní encuentro por las esquinas;
aquí sólo hay corazón:
que al Cristo muerto lo llevan
¡costaleros por amor!

Es primavera y la noche ha extendido un palio de estrellas encendidas por el firmamento, para la Madre más sola –no podía ser de otro modo. Es tan grande su aflicción que no cabe entre varales, y busca diluirse por la senda encumbrada de su amargo dolor.

María va envuelta en manto negro, y el oro de sus bordados alivia el luto de la noche en sus vislumbres. Sus ojos abismados traen destellos y anuncios evocadores de miradas que ya no brillan sino en la intimidad de nuestra memoria; y nos quema el recuerdo de esos jóvenes costaleros, rosas cortadas en plena primavera para el jardín florido de lo eterno.

¿Quién no guarda en el alma una mirada que nos diera la vida?

¡Cómo sabe el pueblo de tus penas!
¡Cómo llora contigo en desconsuelo!
¡Ya no cabe más llanto en un pañuelo,
ni más dolor, al son desesperado
de un badajo que toca a negro duelo!

Y es aquí, en la memoria colectiva, donde viene su recuerdo a visitarnos, menuda como era, de ojos verdes profundos, mujer que habitó entre nosotros haciéndonos más grandes en su grandeza, más generosos en su generosidad, más entregados en su entrega, que aquí no hacen falta más señas de identidad que las de su obra, y todos en Guadalcanal la conocimos y admiramos. Hermana Josefa -Maria tu recuerdo ya está canonizado, que en nuestros corazones brilla encendida la luz de tu santidad.

Es cierto que los ojos de María llevan la evocación de los nuestros y también nuestro dolor, que cada cual lleva entretejido, en lo adentro el velo de luto de una ausencia. Por eso, al pasar por las calles, todas las puertas se abren de par en par, y se entrecruzan las miradas, se confabulan y florecen en el jardín de tu trono la rosa vespertina de nuestra esperanza. Y el misterio se agranda, se ahonda y se estremece en la hipérbole sonora de tu nombre: ¡Soledad!

¡Cuántas madres como tú,
de injusticias salpicadas,
caminan desconsoladas
tras las huellas de una cruz
de tanto amor despojadas!.

Y la noche, abandonada al misterio de la pasión, apura los últimos desvelos. En el corazón de todos viene callada una súplica: ¡Madre mía, que el año que viene volvamos a encontrarnos! Que ya por Juan Campos el alma cofrade trae consigo una incierta tristeza, que aligera el cansancio y abre el camino a la nostalgia.

La Virgen de la Soledad entra en la plaza, mecida por hombros amorosos, hasta ser arriada a las puertas mismas del templo, donde los costaleros apuran su última, densa y más lucida chicotá: "¡ahí quedó!"

El Viernes Santo toca a su fin. Ya es víspera de evangelio y de promesa, de Calvario resucitado, de anuncio de salvación, de exaltación a divino. Un año más la pasión y muerte del Nazareno nos conduce a las puertas de su gloria.

CRISTO RESUCITADO

Alguien dijo: “Cristo vino a injertar semilla divina en nuestra tierra humana y su redención es, sobre todo, un misterio de comunión y participación en la vida de Jesús", que los cristianos celebramos justo el día en que se conmemora su gloriosa Resurrección.

Porque fuiste concebido
por Dios, Padre omnipotente,
y fue tu pasión y muerte
derrota del enemigo
y triunfo sobre la muerte.

No necesito tocar,
como Tomás, tus heridas,
para estar tan convencido
de que tú resucitaste,
dando a nuestra muerte, vida.

¿Puede haber mayor consuelo
para un pobre pecador,
sentir tan sublime amor
y hallar la gracia del cielo
de tu infinito perdón?

Que te diste en cuerpo y sangre
y a mi torpe confusión
responde mi corazón
siempre que voy a buscarte
en sacrosanta comunión.

EPÍLOGO

Y aquí llega a término este pregón, nacido del sarmiento de esta fe venida de lo antiguo, que es la fe de los míos, de los nuestros, sacramento de espiga que alza el cáliz de nuestros corazones, donde el rito es susurro de oraciones antiguas que huelen a tormenta y purgatorio, a súplica y ensueño, que las hay para todo, desde san Antonio a santa Bárbara, y aquella ternura que huele a muda limpia del bendito lavado.

Esta es la fe *de* la que os hablé al principio, que brota en la besana de los siglos al ritmo lento del arado y la azada, de la trilla y la era, donde aventan los frutos de la semilla eterna que esparciera la mano del Creador…

Aquí, donde yo he nacido,
que en la gloria aquí me encuentro,
con mis gentes, mis amigos,
mi familia, mis recuerdos.

En esta tierra olivácea
de mis primeros desvelos
donde reposa la lira
en lo ocre, del barbecho,

y donde llueve a canales
sobre la rima del verso
de este sentir pregonado
por las esquinas del pueblo.

Sí, mis queridos amigos.
Juzgad como corresponda
este pregón, que ya es vuestro;

y yo seguiré soñando
por la besana del tiempo
con un cantar peregrino
la flor de mis sentimientos,
sobre esta tierra callada
donde ¡en la gloria me encuentro!

Muchas gracias.

.